

[...] Él hizo el gesto de cedérmelo y esperó hasta que me subí, entonces cerró la puerta y se alejó. Por el vidrio trasero del carro vi que también a él lo recogía un taxi.

[págs. 53 y 54]

En *Ceniza*, una mujer siente que la ciudad está muerta; su alma se está convirtiendo en cenizas, y lo descubre cuando bajo un sol inclemente muerde una sabrosa fruta, la cual tiene que desechar por su horrible sabor y su centro podrido. Todos los habitantes y la ciudad, sus frutos, tienen el alma y su corazón cenicientos.



En *Tango* y en *El parque* aparecen el amor, el desamor, el desapego y la tristeza infinita en diferentes situaciones, pero para dejar el mismo sabor a ceniza y dolor.

Emma Lucía Ardila estudió Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana y es magíster en Filosofía con énfasis en arte de la Universidad de Antioquia. Nació en Bucaramanga, pero vive desde pequeña en Medellín. Ha publicado dos novelas y cuentos infantiles y es profesora en la Universidad Eafit y el Colegio Columbus School.

Breves, justos, armados con destreza, entretenidos y desgarradores, algunos con un dejo de humor soterrado, acusan una autora consagrada y conocedora del terrible oficio de escribir. Ardila tiene un estilo propio que el lector debe descubrir sin dejarse contaminar por una estrecha reseña.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

Ni siquiera la muerte

Ni siquiera la lluvia

Alberto Duque López

Ediciones Gaviota, Bogotá, 2008, 119 págs.

Cuando uno recorre todo el camino no debe sorprenderse si de vez en cuando cae sobre su culo.

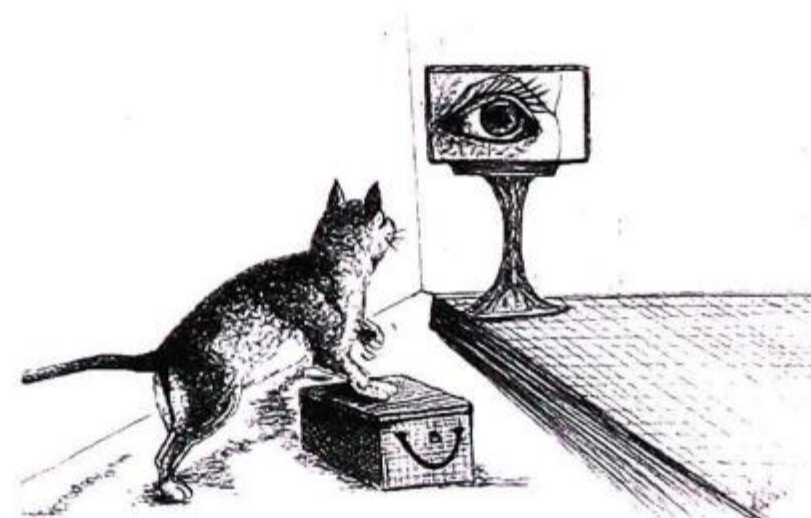
E. Hemingway

Amarilis se llama el personaje que monologa a lo largo de este relato, hecho para ser leído de un solo tirón. Ganador del Premio quinquenal a la creación literaria de Ediciones Gaviota en 2008, el relato mima, en efecto, la forma varia y libre del monólogo, según la herencia de Joyce. Particular característica de esta obra que quiere ser un homenaje al más bien sutil y austero Ernest Hemingway. Hablo desde luego del estilo, pues, la vida del escritor estadounidense se movió más bien entre “el furor y el ruido”, para usar una frase de quien fuera acaso su más connotado rival.

La mujer, una ex empleada doméstica del escritor, que llegara a la legendaria finca Vigía, en Cuba, cuando apenas tenía quince años, habla, ya vieja y enferma, desde la habitación de un hospital al fantasma del mismo y éste le responde o le pide aclaraciones sobre algunas cuestiones que ignora o ha olvidado. Pasan entonces, en el desorden de las memorias seniles de Amarilis, las experiencias más conocidas del autor: su sentido de heroicidad manifiesto en la cacería, la pesca, los gallos, los toros, en sus mujeres, en su obsesión guerrera, en sus fiestas con visos pantagruélicos. Pero también aparece su carácter depresivo, herencia de un padre “cobarde” y de una madre “perra” que lo vestía de niña en añoranza de la hija que nunca tuvo y que lo llevaría al suicidio en la madrugada del 2 de julio de 1961.

Acaso sea la búsqueda de una explicación para ese suicidio lo que justifica la memoria de la anciana y el ejercicio de Duque López, reconocido admirador del autor de *El*

viejo y el mar, quien ya había ensayado una aproximación al mundo del novelista en un cuento de 1995. ¿Cómo un escritor que lo tuvo todo termina quitándose la vida? No hay una respuesta clara en la realidad. Pero en la novela, posiblemente la clave se halle en la combinación de dos ingredientes fuertes, como un daiquirí o un mojito, bebidas de coctel de las que tanto gustara: de un lado su Alzheimer, sugerido en la reiterada expresión “No lo recuerdo” y, de otro, sus genes suicidas, que ya habían cobrado la muerte del padre y de un tío y que se prolongarían en un hijo y en Margaux, la nieta más afamada, también suicida el mismo día que él, 35 años después.



En el monólogo de Amarilis no es el novelista quien tiene una respuesta, sino ella:

¿Por qué me maté?

El único que lo sabe eres tú, Papá.

¿Tú, que estuviste tanto tiempo

[conmigo, qué crees?

Que ya no podías escribir,
que estabas perdiendo la vista,
que estabas muy enfermo de los

[riñones,

que tenías la piel llena de llagas por el sol de tantos años, porque ya no podías beber todo el whisky que querías, porque ya no podías comer toda la comida que querías, porque no podías cazar, porque te temblaban las manos, porque no podías pescar porque te lo habían prohibido, porque no podías leer,

porque ya no te interesaban las

[mujeres,

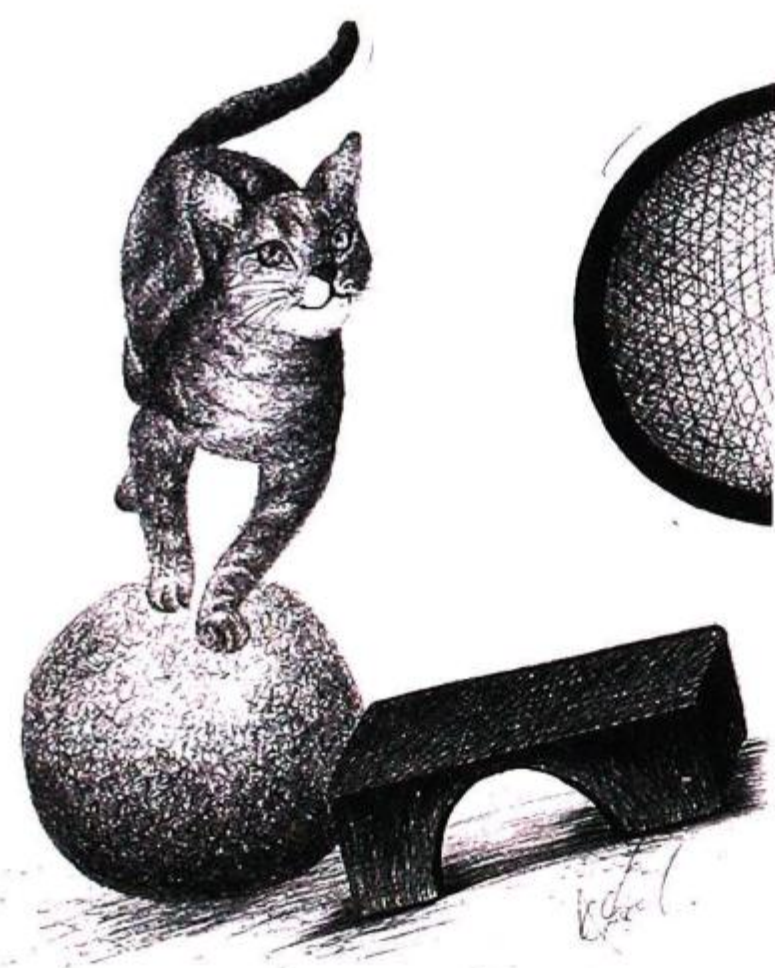
porque te preocupaban los

[impuestos,

porque no querías ser pobre,

porque estabas muy cansado de
[todo,
porque ya no te reías,
porque ya no podías viajar,
porque tus libros y tus artículos
[eran destrozados por los críticos,
porque los amigos te dieron la
[espalda,
porque preferías desnudarte y acos-
tarte y quedarte cuatro días en la os-
curidad sin comer ni beber y ni si-
quiera levantarte para ir al baño, por
eso, Papá. [págs. 106-107]

No sabemos si es así o no en la reali-
dad, pero es lo que sugiere el per-
sonaje que Duque López recrea a tra-
vés de Amarilis, que como un oráculo
habla con voz prestada: "[...] no estoy
viva, soy un recuerdo de mí misma,
solo me mantiene la adoración y la ad-
miración y el amor y la fidelidad que
siempre he sentido por ti" (pág. 117).



Por eso creo que Duque López ha
creado en esta obra un personaje no
de novela, sino de tragedia, de esos
que no admiten, que no se resignan
al deshonor, a eso que Borges lla-
mara "el ultraje de los años". Por-
que incluso el Hemingway de este
monólogo es más bien la sombra de
Hemingway, la sombra que como la
de Hamlet padre no puede descan-
sar en paz, ni siquiera en el Más Allá:

¿Qué pasó?
Fue algo que venías preparando,
[desde muchos años atrás]

¿Cómo así?
Claro, siempre buscabas la muerte
O al revés, ¿no era la muerte la
[que me buscaba a mí?
Quizás.
[pág. 115]

Un relato intenso, sin cortes, agita-
do e inquieto, como el escritor, que
ni siquiera tuvo la paciencia para
esperar a la muerte. Como él, me
temo, sin embargo, que los lectores
tengan la suficiente paciencia para
asumirlo.

ANTONIO SILVERA ARENAS

Las trampas de la nostalgia

Como los perros, felices sin motivo

María Castilla

Editorial Planeta, Seix Barral, Bogotá,
2011, 245 págs.

Sofía, una joven inteligente y poco
convencional se enamora de Eduar-
do, sin sospechar hasta qué punto
echará raíces en su alma esa rela-
ción. Pero Eduardo decide abando-
narla valiéndose de un pretexto fal-
samente altruista, el de servirle a la
humanidad en el África. Es ahí don-
de comienza la dolorosa peregrina-
ción de Sofía en busca de una razón
que le permita aceptar lo que ha
ocurrido, y, en lo posible, olvidar
aquello que las nuevas experiencias
románticas no borran del todo.

Apelar al recurso de la memoria,
recrear una historia a través del re-
cuerdo mediante la utilización de
una herramienta esquiva, imprecisa,
como la palabra, es un lugar común
en la literatura. Algo que muchos
autores ya han intentado, con ma-
yor o menor éxito. Un riesgo que la
autora de esta novela asume con la
conciencia de correrlo, y de poder
fracasar en el camino tortuoso, pla-
gado de obstáculos literarios, que
conduce al final de todo libro. Más
peligroso aún, cuando el asunto que

se rememora es nada menos que un
cuento de amor. Una historia ya vi-
vida, pasada por el tamiz de los años,
olvidada casi todo el tiempo, recor-
dada de manera involuntaria las más
de las veces, de manera consciente
cuando se escribe, a fin de conjurar
precisamente el paso del tiempo que
amenaza con ponerle punto final a
lo que ha dejado de ser.

Es la tarea que asume Sofía,
exiliada en otras latitudes, una jo-
ven que se adivina agraciada, indu-
dablemente inteligente, con inclina-
ciones a la bohemia y a una vida de
improvisaciones. El exilio no es el
primero, pues ya una vez lo fue en
su propia ciudad, cuando se refugió
en la historia imaginaria de una
abuela que habita en el centro de la
capital, el marco para sus amores y
sus desamores. Un lugar con histo-
ria, personajes y modos de vida no
solo característicos sino únicos, y
que reciben en medio de ellos a So-
fía y a Eduardo, el hombre que le
hará conocer el amor, la infidelidad,
el olvido transitorio. El que le per-
mitirá volver a comenzar, cuando
todo se ha creído perdido. El que la
llevará a un final inesperado, pero
que no sorprende, porque estaba
dentro de las posibilidades.



La ciudad que aparece en la no-
vela está poblada de sitios que se
transforman en símbolos, en invita-
ciones para explorar lo desconoci-
do. Los preside el Teatro Embaja-
dor, metáfora del amor perdido con
su desaparición, o mejor dicho, su
transformación modernista en un
multiplex, algo ajeno a su naturale-
za, pero que obedece a las leyes del
cambio que influye, no siempre de
manera poética, en el desarrollo de